

A person with long brown hair, wearing a dark blue hooded jacket with a textured collar, stands with their back to the camera in a dense forest. The forest floor is covered in green moss and small plants. The trees are tall and thin, with sunlight filtering through the canopy.

ELLY

Parajes Sangrientos

JAVIER ENRIQUE QUINTANA

ELLY

Parajes Sangrientos

Javier Enrique Quintana

JQ Ediciones

IO
IO

Copyright © 2020 Javier Enrique Quintana

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Copyright © 2020 Javier Enrique Quintana
Todos los derechos reservados.

A mis padres; Ana Beatriz Bruno Gianella, Ricardo Antonio Quintana Méndez

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[Extraña enfermedad](#)

[Serás parte de mi cena](#)

[Tienen a uno como nosotros](#)

[División y Asentamiento](#)

[La Salvación](#)

[About The Author](#)

Extraña enfermedad

Los copos de nieve caían lentamente sobre el tejado de chapa que tenía la casa de la familia Rosiak, ubicada en las inmediaciones del paraje Camión Cué de 25 de Mayo. Ellos se dedicaban a la plantación de tabaco para luego acopiarlo y venderlo. El crudo frío había golpeado con fuerza hasta el momento y se veía reflejado en los terrenos que tenía la familia dentro de su propiedad, la nieve cubría en su totalidad todo el campo donde Emilio realizaba las plantaciones. Parte de su casa estaba construida con madera y en el interior tenían una cocina a leña que le servía para calentarse del intenso viento gélido que entraba por las rendijas de las puertas. Al lado de la cocina se encontraba su hijo Adrián acostado en su cama, cerca del fuego para que le brindase calor. Su madre, Deborah, estaba a su lado llorando mientras él empezaba a tener convulsiones, moviendo su cuerpo de un lado a otro tratando de agarrarse al colchón para evitar estos sobresaltos.

Emilio entró sacándose las botas llenas de barro y nieve, mirando otra vez aquella situación que padecía su hijo.

Adrián volvió a moverse, pero esta vez lo hizo levantando su cuerpo de arriba abajo y golpeando con fuerza su cabeza contra la almohada. Deborah trató de tocarle la frente para ver si su fiebre disminuía, pero él la sostuvo con fuerza, agarrando su muñeca.

—No me toques —gritó Adrián con una voz tan grave y gutural que hizo retroceder a su madre.

Ella logró zafarse y miró a su marido. Emilio hizo lo mismo, diciendo para sus adentros «tenemos que hacerlo», y rápidamente fue en busca de una estaca de madera y un martillo. Deborah, llorando, salió del lugar y se encerró en su cuarto.

Emilio se acercó a su hijo sin mostrar las herramientas que llevaba y fugazmente colocó la pieza de madera sobre el pecho de

Adrián y de un martillazo seco se la incrustó para sacar la dolencia que padecía su hijo.

Adrián, luego del hecho, miró a su padre y le dijo:

—Gracias Tata, no te angusties que terminó todo. —Luego exhaló profundamente, cerrando sus ojos para siempre.

Su padre se sentó junto a él llorando y llamó a su esposa para que hiciera lo mismo, ella lo abrazó y juntos dejaron correr todo ese dolor y padecimiento que habían tenido durante meses.

—Esa maldita ciudad —masculló Emilio.

—Si no se hubiese ido a esa perversa y maldita ciudad —terminó diciendo y se abrazaron aún más.

Serás parte de mi cena

Dentro del local la música hacía doler los tímpanos a cualquiera que no estuviera acostumbrado a la vida nocturna de Posadas. La gente estaba agolpada por todos los lugares que tenía *Dosier* a esas alturas de la noche, sencillamente no se podía transitar por los pasillos que tenía el sitio sin ser pisoteado o recibir un codazo en pleno rostro. La pista de baile ubicada a escasos metros de la entrada principal también desbordaba de personas que danzaban al compás de la música *I like the way you move* del grupo *Body Rockers* que hacían explotar los parlantes incrustados en las paredes. La gente bailaba de diferentes formas, pero en ese mismo lugar había una mujer exorbitante, con un cuerpo tan armonioso y perfecto que los hombres no paraban de mirarla. Ella se movía de una manera diferente, como si estuviera danzando una música egipcia. Tenía el pelo rubio, era de mediana estatura y vestía un conjunto entero de color rojo transparente, haciendo traslucir su corpiño y su tanga de tal manera que George quería abrazarla por completo y ella lo frenaba colocando sus manos en los antebrazos de él y diciéndole «tranquilo, despacio». Se habían conocido esa misma noche y ella había tomado la iniciativa, produciendo en él un impacto profundo, puesto que George no era muy apuesto y este accionar lo había tomado por sorpresa.

Al llegar casi las seis de la mañana, una voz en el parlante anunció que la fiesta ya había terminado y los concurrentes comenzaron a salir despacio por las puertas de *Dosier*; entre ellos, los dos enamorados que bajaban por calle La Rioja e iban directamente a la casa de *ella*. Iban abrazados, caminando despacio, él un poco borracho por la cantidad de *Rutini* que había ingerido; ella sobria, como si el alcohol no produjera efectos en su organismo. Ya habían caminado varias cuadras cuando un viento

suave muy apacible llegó a los oídos de ella levantándole un poco el pelo lacio y rubio que tenía.

Se dio vuelta por completo, empujando a George a un lado de la vereda y empezó a escrutar con sus ojos todos los lugares de la zona. No encontró nada.

—¿Cómo puede ser? —preguntó en voz alta la rubia y continuó mirando para todos los rincones, los techos y las partes altas que tenían los edificios del barrio.

—¿Cómo pude ser qué, cariñññño? —respondió George, queriendo abrazarla de nuevo. Ella extendió su brazo derecho y empujó al hombre, quien voló a unos treinta metros, cayendo boca arriba sobre la vereda.

Al cabo de unos minutos empezó a calmarse, sus brazos volvieron a pegarse contra su cuerpo y miró al hombre que estaba tirado sobre un charco de sangre, corrió hasta él y lo levantó como si fuera un muñeco, lo sujetó de su cintura y empezaron a caminar lentamente, llevándolo a cuestas. Cuando estaban a escasos metros de su casa, el silencio se interrumpió cuando la voz de un muchacho exclamó:

—¡Mirá, es la rubia que estaba en el boliche!

—Sí, es ella, la de la tanga —mencionó el amigo y juntos empezaron a correr hacia ellos.

Ella comenzó a arrastrar a George más rápido, hizo mover los pies como si estuviera casi volando y con la otra mano bajó su mini, que le estaba subiendo hasta las caderas. Los otros empezaron a seguirla, corriendo velozmente, pero no lograban acercarse. Siempre les llevaba mucha distancia, como si fuese empujada por un motor a reacción. Finalmente llegó a su casa, ubicada en calle La Rioja y 3 de Febrero, era una vivienda desvencijada, corroída por el tiempo. Tenía un portón de hierro herrumbrado y el inmueble tenía el formato de las viviendas hechas antiguamente. La entrada principal tenía la forma de una U, pero al revés, y toda su puerta era de madera sólida. Rápidamente la abrió y entraron, encendió la luz y arrojó a George en uno de sus sillones e inmediatamente se pegó a la puerta.

Los dos jóvenes llegaron a la casa, abrieron el portón y, sin saberlo, ella los estaba esperando con la puerta abierta. Uno de

ellos no dudó en ingresar, pero el otro desconfiando le dijo en voz alta:

—Ven Rubén, vámonos porque esta situación me parece muy extraña.

—No tengas miedo, ahora serás parte de mi cena —respondió la rubia, quien tomándolo del brazo lo arrojó a la oscuridad, similar a la boca de un lobo.

Tienen a uno como nosotros

El féretro donde se encontraba el cuerpo de Adrián iba cerrado y lo transportaban su padre Emilio y tres vecinos del lugar. Ellos ingresaron a la Capilla Santos Ángeles y lo depositaron cerca del altar, luego, los tres vecinos se retiraron en silencio a sus casas. El Padre Lucas estaba cerca de las puertas de roble que tenía la entrada de la capilla y fue saludando de a uno a los amigos de Emilio, quienes lo ayudaron con el cadáver.

Lucas se dirigió directamente a donde estaban Emilio y Deborah y los abrazó enormemente y, al rato, depositó su mano en el cajón y bendijo al mismo.

—¿Y ahora Padre? —preguntó Emilio con lágrimas en sus ojos.

—Él ya vendrá —le respondió el sacerdote y con un ademán de sus manos hizo que ambos se sentaran en los bancos cercanos al altar.

—Debemos confiar en él —mencionó Deborah mirando al Padre.

—Si, él es el indicado y está preparado para esto. Igualmente, ya me comuniqué con el obispado y me respondieron que el Padre es el que se va a encargar de esta situación.

El ruido de un motor acercándose hizo que los tres levantaran la vista dentro de la capilla, al cabo de un rato, el Padre John Pietro ingresó por las puertas y se acercó al grupo sin antes arrodillarse y santiguarse frente al altar. Se sentó a un lado, donde estaba conversando el grupo y se presentó ante los padres de Adrián y luego recibió la bendición del sacerdote.

—¿Cómo ha sido su viaje Padre? —preguntó Lucas.

—Bien, la verdad me costó un poco encontrar la entrada de la picada que está ubicada en las adyacencias de la ruta, pero cuando lo hice me pude orientar un poco mejor.

—Ya está al tanto de lo ocurrido, ¿no?

—Sí, ya fui notificado por uno de los sacerdotes del obispado. — Al decir esto, el Padre John se despidió de Emilio y Deborah y le comunicó a Lucas que quería hablar con él.

John Pietro era un hombre de unos 40 años, era alto, de pelo rubio y flaco, tenía el rostro adusto surcado de arrugas en la frente y en las mejillas, que figuraban como marcas de una persona que había sufrido mucho a lo largo de su vida. Ingresó al seminario a los 18 años cuando fue mordido por una de esas bestias y los jesuitas le habían salvado la vida curando las heridas y expulsando a los monstruos que querían su cuerpo como alimento. Él no sufrió la transformación al no probar la sangre de esos abominables seres, y de ahí en más fue educado por los sacerdotes de la Compañía, quienes lo protegieron y orientaron al tener un don especial diferente al de los demás humanos.

Cuando entraron en la oficina del sacerdote a cargo de la Capilla Católica, en un paraje donde a metros se encontraba una sede policial y a unos 10 kilómetros estaba la Escuela Número 138. Allí, unos 120 chicos se educaban para ayudar a sus padres en temas relacionados a la lectura de contratos concernientes a la producción de tabaco y yerba mate que se hacía en la región.

Los dos se encontraban de frente separados por una gran mesa de caoba que los propios jesuitas y los guaraníes habían construido.

—Ya recibí instrucciones del Obispo Padre para ayudarle en todo lo que sea necesario —le mencionó Lucas.

—Sí, ya me lo dijeron y seguro le habrán comentado que tuve contacto con uno de estos seres y estoy seguro de que *ella* se dio cuenta.

—También los sé, y ellos ya estarán al tanto de que existe alguien que los pueda combatir en su terreno.

—Sí, pero no pude hacer nada para impedir que esos chicos se salvaran.

—No te preocupes John, Jesús te dio ese don que tienes y si te hubieras involucrado, habrías echado a perder todo el plan que se tiene en mente.

—Pero el llanto de esos chicos era aterrador y no pude hacer nada, solamente pude ver cómo los masacraban.

—Lo sé, John, lo sé, pero si te metías ahora, no podíamos hacer nada —concluyó diciendo el Padre Lucas, quien lo acompañó hasta la entrada y se despidió. John abrió la puerta de su Pontiac Cupé GTO de 1.976 y, haciendo arar las ruedas traseras, se esfumó del lugar como un espíritu que se escapaba entre los árboles y la ondulante plantación para perderse entre las picadas.

División y Asentamiento

Los primeros inmigrantes que llegaron a la provincia de Misiones en el año 1.869 provenían de países cercanos a la Argentina y otros los hicieron de países europeos, como Italia, Alemania, España y Francia, pero existía otro grupo de personas que venían de poblaciones situadas al Este de Europa. Este contingente de individuos se radicó en diferentes lugares de la provincia para comenzar una vida nueva o escapar de la otra que habían tenido.

Al transcurrir los años, no tardaron en suceder situaciones extrañas que alarmaron a los pobladores de diversas localidades. Empezaron a desaparecer animales, y lo peor aún, comenzaron a desaparecer personas. Algunas regresaron con comportamientos diferentes, causando daños a algunos ciudadanos y provocando estragos en lugares comerciales. Esta situación llevó a los policías, conjuntamente con eclesiásticos y pobladores autóctonos del lugar a terminar con estos seres abominables, mediante extrañas armas hechas de madera. Desde esa época hasta ahora se libró una guerra entre ambos bandos, logrando tener un período de paz por escasos años, que fue roto por esos seres que hasta el día de hoy viven apostados dentro del monte misionero.

La Salvación

Cuando ella terminó de devorarlos, se dirigió a un lugar de la casa donde las ventanas estaban completamente cerradas con sus postigos y persianas, evitando que entrase luz dentro del cuarto. Agarró una silla, se sentó y puso las piernas encima de la mesa, mientras se chupaba los dedos impregnados con la sangre de sus víctimas. Empezó a pensar en esa extraña sensación que tuvo, como si alguien la estuviera observando, pero se preguntaba para sí misma «¿Cómo lo haría?».

—Te pasaste esta vez. —La voz vino desde atrás de ella y rápidamente se dio vuelta.

—No pude hacer nada para impedirlo, cuando me di cuenta me estaban siguiendo —dijo la rubia, mirando al inmenso ser que se encontraba parado al lado del marco de la puerta.

—No pude hacer nada, con el otro muchacho que enterraron fue lo mismo, no te puedes controlar y tenemos un gran problema con esto. Habíamos tenido paz hasta ahora, solo eran casos muy aislados que se podían tapar, pero esto ya no. Lo que vas a hacer es decapitarlos a todos y enterrarlos ¡¿Entendiste?! —gritó el sujeto de casi dos metros de altura. Tenía una cabellera larga y negra que le llegaba a la cintura, la cara blanca y las cejas pobladas. Sus ojos eran rojos y los colmillos le sobresalían por encima de su labio inferior.

—Sí, Christian, lo haré. Pero no te olvides de que fuiste tú quién rompió el pacto.

—Lo sé, ya lo sé —volvió a gritar, golpeando la mesa con fuerza.

—Existe alguien con las mismas características que nosotros peleando para ellos —dijo Christian y se volvió para mirarla.

—Es el mismo Padre que mató a nuestros hermanos en 2 de mayo, los descuartizó a todos y desapareció. No te dice algo eso —

mencionó Christian mirándola fijamente.

—La verdad, no. ¿Por qué? —respondió.

—Mira Laura, en aquella oportunidad vos estabas y saliste con vida, y ahora vos también estabas y estoy hablando con vos ahora.

—Christian, al decir esto, la miró escrutándola con los ojos rojos llenos de furia.

—No sé de qué hablas —mencionó Laura, mientras él se acercaba para olfatearla. Posó su nariz sobre su mejilla e inspiró profundamente y luego se fue del lugar como un fantasma.

Laura quedó sola en el cuarto pensando en John «¿cómo haría para trepar por todos esos techos a una velocidad tan excesiva?». Ellos se conocían desde niños, ambos fueron a la misma escuela, La Madre Milagrosa. Terminaron el secundario y se pusieron de novios, todo era alegría en ese entonces.

Pero Christian había posado los ojos en Laura Dos Santos desde que tenía 18 años y se había enamorado perdidamente de ella, por su belleza natural y su irradiante forma de ser. De nada sirvieron los consejos dados por los miembros del Clan de los Vampiros para que la olvidase por completo, porque esa situación le traería problemas a él y a su tribu.

No hizo caso a las sugerencias que los jefes le habían dado y decidió actuar de inmediato. Entonces, una noche de invierno, decidió atacarla cuando salía del colegio con John. La mordió y la arrastró ayudado por sus cómplices, mientras John luchaba con toda su furia para sujetarla y llevarla con él, pero no pudo hacerlo porque fue mordido por uno de sus lacayos. Cayó al suelo inconsciente por el veneno que empezaba a fluir por sus venas, solamente pudo observar nubosamente cómo los jesuitas llegaron al lugar e incrustaban las estacas en el pecho de esas bestias abominables y, desde lejos, avizó cómo trasladaban a Laura saltando por los edificios.

Con esto, el Jefe Supremo había roto el pacto que se había consagrado durante siglos, y lo peor aún era que tenía que lidiar con *Elly*, la hija que John y Laura habían tenido en secreto, alejándola del Clan, sin que ellos se dieran cuenta. Ella era mitad humana y mitad vampiro, podía atacar durante el día y durante la noche, y cobraría venganza por lo que le había pasado a sus padres.

El sonido de un motor V8 despertó a Laura de su ensimismamiento. Al salir de la casa se subió al Pontiac y escuchó el dulce sonido de una voz que decía ¡Hola Mami!

About The Author

Javier Enrique Quintana



Javier Enrique Quintana nació el 10 de mayo de 1.974 en la ciudad de Posadas, provincia de Misiones, República Argentina. Estudió Periodismo en la Universidad Nacional de Misiones. Y se licenció en Análisis de Datos.

Trabajó como redactor de noticias en periódicos de su lugar de origen. Y luego se desempeñó como editor de policiales en el diario El Mundo, ubicado en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

Escribió su primer libro: "Ellos vienen. Cuentos de terror para leer de noche". Donde una de las historias que componen el texto dio pie para armar el libro Elly.

Actualmente vive en Posadas y se dedica a su gran pasión: La lectura y escritura.